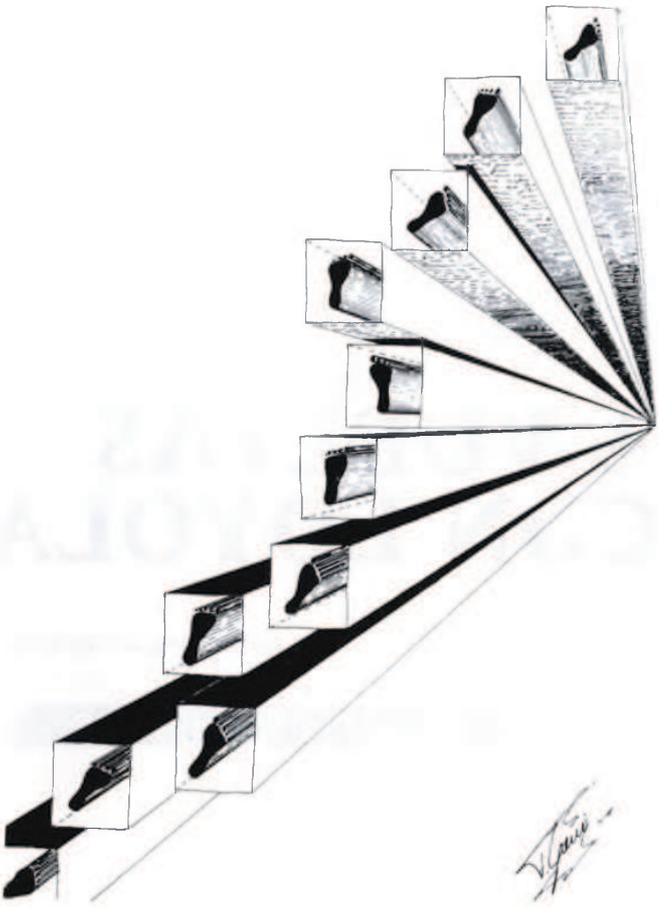


LUZ DE BOSQUE, LUZ DE CHIMENEA, LUZ DE SEMAFORO

RAFAEL CASTELLANO

Aquí, no sé cómo decirlo, todo es distinto. Porque cuando pateo las calles sin rumbo prefijado, cuando tras una diligencia decido merodear por la localidad adonde el tejemaneje de noticias me condujo, no husmeo aventuras helénicas, ni rivales retóricos a quienes retar a duelo de papel, ni prometedores contactos que me saltarán la cola ante esas salas de desesperación de las que me sirvo como símbolo. Escudriño, al contrario, en busca de personajes embutidos en pellejo de persona y de situaciones comprimidas. Me complazco en la elocuencia del silencio de que nos hablan—por hacer una cita— Simón & Garfunkel: me refiero al callejeo con ese amiguete con el que no resulta imprescindible mostrarse brillante, ni bien informado, ni al tanto de modos y tics, mayormente porque con él no hace falta ni hablar para que la compañía se establezca: ese mutismo, en otros círculos, es cortante, hiriente y tenso.

Todas estas cosas las pienso, a veces, deslizándome por los recoveos de cualquier noble y leal villorrio o de poblaciones fabriles cuyas brasas y óxidos le conceden fuego sagrado, sidéreo, a la vegetación que los anilla. Reflexiono en la determinación de Pio Baroja cuando, después de colgar de un clavo el estetoscopio, viajó a la capital, a ponerse a la cola, con un baul lleno de volúmenes de Frenología, a lomos de la diligencia o de aquel tren que nació con Espronceda. Por retomar el hilo inicial y así cerrar el ciclo, rizar el rizo y, más o menos, dejar zanjado este trabajo caótico y fragmentario—impresionista—, dejo constancia de que cuando la gente iniciada con asfalto y monóxido se entera de que vives en el pueblo, desierto perpetuo, ya dije, además de apóstata a quien el mal del siglo, el anonimato, no preocupa mayormente, te supone en un entorno de blancuzcas majadas con su heroico pastor; de mansas colinas doradas por el resistero; de orinados campanarios donde las campanadas se demoran entre cigüeñas sesteantes y escuadrillas de vencejos, más allá de los sotos cantarines con sus ranas y demás bucólica en fotograbado. Como si no existieran esos otros núcleos híbridos—para mí predilectos—pasados al agua fuerte de hollín y limadura, con sus viviendas ahumadas y una añoranza de aquellas masas—Ibarrolas vivos, en un pasado próximo—color azul-de-bergara, moviéndose del toque de sirena a los afluvios de patatas con bacalao. Vivir en un pueblo es a veces eso: saberse en una isla a la que el aliento de monstruo urbano contiguo no alcanza, y gozarse en sus luces de bosques, de forja, de semáforo, a irla repoblando de chimeneas como menhires, de kioscos taciturnos, de gentes crepusculares con la biografía a rastras, de romanticismo fluvial y de reboticas heteróclitas donde la novela fermenta como ese queso con tinto sin pedigrí que nutre las conspiraciones para el ascenso a regional preferente. ¿Qué haces viviendo en un pueblo? Lo envidian y lo tergiversan. Ignoran que los ingredientes básicos de la narrativa vivencial están ahí, en esa oscilación que te empuja de lo herrumbroso a lo feraz y del tedio a las grandes pasioncillas. Otra paradoja es que en la metrópoli, entre rascacielos de vino, te topas con los ecólogos más radicales—yo he visto un globo-ballena varado,, en la Plaza Mayor de Madrid—que se exasperan y desesperan cuando talan bosques; mientras que aquí la angustia se produce cuando desmochan las litúrgicas chimeneas ennegrecidas y los muros de las fábricas. Se me representa que las más conspicuas avanzadillas de la modernidad de capital cada día se paralizan más en una errónea estética—estática—del cisne y del nenúfar. Fijémonos en que, al final, Pio Baroja tuvo que desplazarse a los arrabales para sus novelas del suburbio. Y qué son los pueblos sino suburbanidades que finalizan en sí mismas y que se niegan a que les extirpen el vínculo de autonomía que los aleja y desintegra de la ciudad. Pudo don Pio haberse quedado en Baracaldo o en Sestao. Lo habría hecho mejor que Blasco Ibáñez. Bueno, y en Rentería también.



LO ENVIDIAN VELADAMENTE desde su palidez capitalina; pero en el fondo te atribuyen mañas de desertor de las filas a las que según Pio Baroja—¿os habéis fijado que hay quien cita a Baroja así, a secas, como si Ricardo no hubiese existido?—había que agregarse con paciencia hasta que la puerta de esmeril y dudas que separaba la sala de espera de a saber qué confusas glorias se abría y te llamaban. Bien, pues si rechazas este protocolo te lo echan en cara. Qué haces viviendo en un pueblo. No huyas, lector, que no me dispongo a hacer aquí la apología del minifundio, ni a glosar las delicias del drama rural, con sus sarasquetas vengadoras y sus malqueridas, visto desde la propia endoscopia del asunto. No. Pretendo, simplemente, mostrarme escéptico y deliberadamente cazurro en cuanto a los espacios inescrutables que más allá de ese umbral un poco como de consulta odontológica al que líneas arriba aludía se extiende, se dilata, se maquilla, se perfuma, se intoxica, se olfatea—perruno—, se interaplaude, se besuquea en intangible y criptica esencia de elíseo con plazas limitadas.

Alejado de mordaces tertulias, de cabarets neocutres donde la basca ilustre se reconoce mirándose en los espejismos y también, como los murciélagos, procesando las vibraciones del vétiver; proscrito de los locales art-decorados donde ninfulas y diomedes se blanquean perezosos a la luz de aspirina que desde el plafón se desploma; soslayando verbenas con invitación infalsificable y los churros contados; huyendo de capillas de sublimación lírica, de los concursos de abanicos y de la reblandecida dandística del adoquin, me pudro alegremente entre cabras y malvices, de la playa plastificada al bosque desdentado, del puente a la alameda, hipnotizándome en los inefables semáforos de la aldea y, eso siempre, con las horas adheridas a las teclas de la literatura.

Sospecho que si no viviese en el pueblo, en uno cualquiera, no escribiría. Me habría hecho célebre con un par de escándalos bien rebozados en sulfumán y viviría del **feedback**. Esto es, saldría regularmente en pantalla y onda y el oficiante, me refiero al moderador, título que siempre me hizo sonreír, porque se diría que los de las mesas redondas van a llegar a las manos (cosa que luego no ocurre y que frustra un pelín más al televidente); el moderador al presentarme diría que no necesito presentación para inmediatamente pasar a presentarme con pelos y señales. Me temo que esto es lo que hay detrás de la puerta para cuyo transgreso se hace cola en la capital: un vacío aséptico y momificado con formol de Balenciaga que cristaliza en dorados conventículos del amanecer, y un decadente y espumoso rodar de los días sólo interrumpido para darle los oportunos retoques a la charla de siempre y para corcusir de puntillas ese escrito en onceava, pendolístico y provo, cosa de que no se fundan las bombillas del **look**; que una cosa es la distanciaci3n y otra el suicidio.